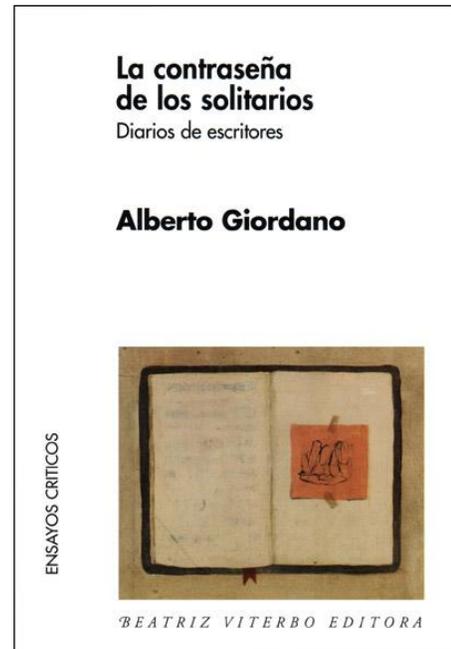




Alberto Giordano,
La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores
Rosario
Beatriz Viterbo
2011
160 pp.



Rosalía Baltar¹

*En todo estás e ti es todo,
pra min i en min mesma moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre me asombras.*
Follas Novas, 1880

La contraseña de los solitarios es un libro de crítica y de teoría.² Por una parte, una composición que analiza, pensémoslo entre paréntesis, un género, el *diario de escritor*, en cuyo corpus habitan los nombres de Ricardo Güiraldes, Rodolfo Walsh, Juan Ritvo y Roger Pla, primero, para dar paso, luego, a Roland Barthes, Virginia Woolf y Ágata Gligo. Pero digo también que es un libro de teoría porque lo que a mano alzada designamos como cuestión central, el género, se transforma, apenas leemos, en uno y varios problemas de la teoría y de la literatura. No es así lo nodal *diario de escritor* sino el que realiza el acto de llevar un diario, el *diarista*, y su relación con otro que surge de un efecto, de un

¹ Dra. en Letras (UNMdP). Mail de contacto: robaltar@mdp.edu.ar

² Su autor, Alberto Giordano. Copio su biografía de la página *Lector común. Un sitio de críticos patéticos* (<http://www.lectorcomun.com/alberto-giordano/>): Nació en Rosario en 1959. Es crítico y ensayista, Investigador Independiente de CONICET y Profesor estable del Doctorado en Humanidades, la Maestría en Literatura Argentina y la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Actualmente desarrolla una investigación sobre "El giro intimista en la literatura uruguaya actual". Dirige el *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la UNR. Ha publicado los libros *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores* (2012), *Vida y Obra* (2011), *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* (2008), *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas* (2007), *Modos del ensayo. De Borges a Piglia* (2005), *Manuel Puig, la conversación infinita* (2002), *Razones de la crítica* (1999), *Roland Barthes. Literatura y poder* (1995), *La experiencia narrativa* (1992) y otros como colaborador o editor.

interrogante, que pone en cuestión quién se inscribe en ese diario, cómo le otorga o no consistencia a cierta subjetividad, del diarista con lo que escribe (el diario y su otra “literatura”), con las temporalidades de este doble ejercicio, con ese espacio íntimo y privado que pareciera convertirse en literatura a pesar de, gracias a, a razón de, es decir, una escritura literaria que se abre a la lectura cuando se cierra, se dilata, se difiere o se multiplica la escritura en otra parte.

Estamos frente al análisis de un problema central que atraviesa la literatura, esto es, la representación. Abordada desde preguntas en torno a la inscripción del sujeto en el diario de escritor, la representación se ve asediada por un sujeto de la crítica que se preocupa por conceptualizar a cada paso, teorizar sobre lo que lee, buscar ciertas formas para ir atrapando esos sujetos que atisba en los diarios. Así, tenemos a lo largo del texto un ritmo dado por las zonas de indagación que compondrían una especie de continuum, escandidas por aproximaciones, definiciones, conclusiones, muchas veces incluso cómicas o dolorosas: el diario de Güiraldes no es sino una *agenda* y su procedimiento es definido sincrética y graciosamente en términos de “ascetismo sintáctico” o como rodeo para no llegar a nada, para aguardar la muerte, para satisfacer el yo en picada que debe adherirse a una oportunidad de ser (a contracorriente quizás, como el diarista Walsh, de sus propios impulsos creadores o como escena terapéutica para curarse de la imposibilidad de escribir, Gligo y casi todos).

El conjunto de artículos opera como un todo atravesado por cuestiones comunes; de hecho, a cada artículo podríamos darle el nombre de “entrada”, como en los diario de escritor y pensar en el registro presente de “diario de crítico” cuyo diarista es un ser problemático, en el sentido de que plantea posibles entradas a aquellos diarios de escritor, desde las que se resuelven búsquedas, interpretaciones e hipótesis: el diarista va y viene entre momentos de vida y momentos de impostura; el diarista es observado a través de la percepción de escenas agónicas, en las que lo dramático se emplaza en el espectáculo o en la carencia; el diarista se autopresenta o se metamorfosea en sujeto de incidentes, bitácora, agenda, registro, “cuaderno de debilidades” (la expresión es de Tolstoi); el diarista piensa en un lector futuro, en un lector presente, su pulso de escritura presupone un diálogo más o menos encubierto, ya como una autoridad de control (me viene la imagen de la madre muerta sobrevolando New York y atisbando las elecciones amorosas del hijo en *Historias de Nueva York*) ya como una ficción de desdoblamiento de sí (escribo sólo para mí, decía Victoria Ocampo); el diarista se interrumpe, no cierra (cuando ocurre esto último, como en Barthes, los problemas se combinan); los nudos de vida están en el *gossip*, en el chismorreo y la superficie de las cosas (como aquel barómetro que daba “efecto de realidad” a una escena de Flaubert); el diarista descarta la intimidad por pudor, por puritanismo –muy al estilo Borges: “Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confianza”– o juega con ella; el diarista piensa, escribe, reescribe pensando en el estilo (algo de lo que no puede hablar del todo, que se le escapa); el diarista es más que nada y por sobre todo, un escritor porque “únicamente a un escritor puede obsesionarlo con más fuerza la imposibilidad de escribir que lo que está escribiendo”.

Éstas y otras entradas reflexivas modelan la cadencia de un libro que es de crítica atravesado por la teoría porque hay una “sintaxis Giordano”, señalada por un ritmo dialógico y ordenado: se plantea una escena, una pregunta, una situación de la que partir hacia el diarista en la mira; se retoma un diálogo que sucedió en la lectura con otros críticos

u otros autores que enfocaron ese texto en particular o esa punta de análisis (Blanchot o Morales, pongamos por caso) o se propone un diálogo futuro (cuando se piensa en lo que los otros leerían o en lo que otros analizarían desde otros puntos de vista); se llega a la propia indagación en la que se afirma en su mismo acto que es siempre posible ir más allá y leer de otra manera, porque, como sintetizo en el verso de Rosalía, pareciera que para Giordano leer es, en definitiva, uno de los modos del asombro. Incluso hay extrañeza y asombro para un compañero de ruta de Giordano, la curiosa figura del “lector aficionado al género”, traída con suma cortesía al rodeo de la crítica especializada y que se agradece: un lector que conoce las leyes del género a fuerza de su experiencia lectora y que por tanto espera algo que no siempre sucede y en ese algo recupera el género desde el desvío. Allí también hay voluntad de apertura y diálogo.

Algo lateral me deja este libro pero importante: Giordano demuestra una vez más cómo la teoría desata la lengua, nos libra de ella. Al proponer problemas y trascender las fronteras de las naciones y los idiomas, del *genre* y el *gender*, del canon y la sacralización o la marginalidad, podemos ir de Pla y Ritvo a Barthes, de Güiraldes a Gligo, de Walsh a Woolf y, en los intersticios, recordar con placer al maestro Cheever, a Katherine Mansfield, a Byron y a Gide quienes acuden a mostrar las construcciones de sus múltiples diaristas.